
Nota: Carlos Bravo L., S.J. y su presentación del problema del mal

*Hernando de Plaza Arteaga**

Durante muchos años, el padre Carlos Bravo, S.J., dentro de su incansable labor académica en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, le dedicó especial consagración a un seminario sobre el Problema del Mal, que próximamente será editado en forma póstuma.

Hoy, este gran maestro de la teología católica colombiana ya no está entre nosotros en cuerpo físico, pero su espíritu y su hermosa figura vibran en nuestra memoria, no sin cierta nostalgia en nuestros corazones.

El texto comienza con el interrogante: “¿El mal para qué?” Y con una cita de Santo Tomás: “Si el mal existe Dios existe”.

Tremendo interrogante viene a sustituir otro gran interrogante: “El por qué del mal”.

En varias ocasiones tuve la oportunidad de dialogar con el padre Carlos Bravo sobre este tema del mal que tanto me ha inquietado desde muy joven. Recuerdo sus palabras: “El por qué del mal no lo podemos responder los hombres. La pregunta está mal formulada porque no tiene respuesta dentro de una lógica humana. El interrogante debe ser: ¿Para qué el mal?”

Todo su escrito, creo entender desde mi punto de vista filosófico, es un profundo

* Profesor de Filosofía, Universidad Pedagógica Nacional.

recorrido a través de los textos sagrados antiguos de oriente y concretamente a través de la Biblia, para llegar al último capítulo, “El sentido del mal como parte dialéctica del proceso histórico”, con una respuesta clara y desafiante: el mal existe para ser superado por el hombre en su proceso evolutivo de perfeccionamiento hacia su identidad con Dios.

“Si el mal existe, Dios existe. Pues el mal no existiría si desapareciere el orden del bien, cuya privación es el mal. Y tal orden no existiría, si Dios no existiera”. (pág. 1).

Es absolutamente evidente la existencia del mal en el mundo en sus tres dimensiones: El mal metafísico, físico y moral. ¿Pero se concilia su existencia con la de Dios, como ser infinitamente sabio, amoroso y justo? Este camino especulativo y conceptual nos llevaría a una contradicción insostenible en el ámbito de la fe. El mal, dice el padre Bravo, no pertenece al ser de las cosas, sino al acontecer, al devenir histórico, al proceso evolutivo.

Me parece una correcta ubicación del problema, ya que no es posible comprender al Universo en su núcleo ontológico como un universo perverso o corrompido en su principio. Esto supondría una voluntad creadora equivocada, intencionalmente perversa en su acto de creación, lo cual no es posible. El mal, según la hermenéutica teológica, “se realiza en el ámbito de la experiencia” (pág. 2). Es el resultado necesario de la dialéctica de la voluntad humana, tratando de superar sus errores y equivocaciones a lo largo de un proceso histórico de avances y caídas.

Debemos aceptar con la ciencia que el hombre no es un producto perfecto y acabado, que para elevarse al nivel en que lo encontramos ha debido superar muchos planos evolutivos: reinos mineral, vegetal y animal; planos humanoide, cavernícola y, finalmente, humano.

¿En qué momento aparece el mal? Responde el padre Bravo: “Entonces el mal no aparece como carencia solamente, sino como ruptura de una relación, como distorsión de un proceso que en concreto comporta la desviación o destrucción de una armonía dinámica, lo cual genera el caos y el desconcierto dentro de un sistema organizado y orientado internamente, y se hace destructivo de su propio ser” (pág. 4).

El mal apareció en el momento en que el hombre con su atrevida ignorancia violó el orden armónico de la naturaleza, generando el mal físico (la enfermedad, la

muerte), el mal moral (la conciencia intencionalmente destructiva) y el mal metafísico (la ruptura del orden ético de la naturaleza).

Un aspecto que hay que tener en cuenta en esta interpretación del mal, según el texto del padre Bravo, es la carencia de sustancialidad del mal: "... el mal no es una circunstancia determinada, una realidad en sí en el sentido estricto de la palabra. Es negación, carencia, dentro de una exigencia, desvío respecto a un orden en el proceso hacia un deber ser". (pág. 13).

Se manifiesta como un obstáculo, una limitante, una ruptura en el devenir evolutivo del ser. Su origen no está en Dios sino en el hombre, a través de su libre albedrío, ejercido dentro de una realidad histórica. Es un poder destructivo, aniquilante que busca volver al caos, al no ser, a la nada, con una intencionalidad contraria al sentido evolutivo de la creación y al perfeccionamiento de los seres.

La filosofía hermenéutica contemporánea ha realizado una simbólica del mal, cuya figura más sobresaliente es el filósofo francés Paul Ricoeur, muchas veces citado en el texto del padre Bravo. Los análisis de Ricoeur giran alrededor de la dialéctica de la experiencia primordial del mal: la ruptura de una armonía universal que generó los tres momentos: la "mancha", el "pecado" y la "culpa". La ruptura de la armonía ejercida por el hombre mítico ha determinado una "mancha", un estigma en su condición humana; luego, entonces, el "pecado" es la consecuencia como violación del orden ético de la naturaleza; finalmente, la interiorización del daño bajo la conciencia de "culpa". A partir de este momento nace la conciencia moral del hombre, como dualismo del bien y mal, duplicación analítica de dos polaridades contrarias. Aunque el mal no corresponde a una realidad sustancial en sí, es decir, no existe un demonio, una personificación real del mal, sí se manifiesta como una realidad de la experiencia histórica del hombre.

Remontándose a los mitos arcaicos de los ritos del mal, repasando el dualismo antiguo de dos principios antagónicos (la justicia y la mentira, según la religión de Ahura Mazda; la luz y la oscuridad, Dios y la materia, en la religión de Mani), hasta nuestra Biblia, haciendo la exégesis del Mito de la Caída, el padre Bravo realiza un extenso análisis filosófico-teológico que lo lleva a concluir con A. Darlapp: "...Todo, fuera del único Dios, es radicalmente criatural y que no existe un principio absoluto del mal, sino solamente un mal finito y que éste sólo se da por libre decisión de la criatura, por lo cual también se presupone que el mundo, previamente a la decisión de cada uno y de los hombres en general, contiene una dimensión del mal y de lo opuesto a Dios" (pág. 40).

Situándonos en el mito adámico, el origen del mal se da dentro del contexto de la Escritura en el Antiguo Testamento. El mal surge por el acto libre del hombre, dentro de la creación de Dios. Se da la ruptura entre dos estados de conciencia: La inocencia y la culpabilidad. Luego la superación del mal dependerá de un proceso histórico de lucha y sufrimiento. Sin embargo el misterio del mal no queda resuelto: “Pero el relato del Génesis, al mismo tiempo que reconoce que el hombre es el autor del mal, discierne un mal original, ya presente, encarnado en la figura enigmática de la Serpiente que es proyección hacia el exterior de una constitución anterior más original que toda decisión concreta particular” (págs. 53, 54).

Al respecto anota Paul Ricoeur: “El simbolismo más arcaico del que se pueda partir es el del mal concebido como suciedad, es decir, como una mancha que infecta desde fuera...” (Introducción a la simbólica del mal pág. 169).

Esa expresión “desde fuera”, está simbolizada en la “serpiente” mítica. El padre Bravo afirma en relación con lo anterior: “La serpiente representa un mal radical, anterior a todo ejercicio de la libertad y además está instalada en el seno mismo de la libertad que comete la transgresión del precepto (ley)” (pág. 54).

El ámbito de la libertad es el poder de lo posible en que el hombre se constituye a través de un proceso histórico, dialéctico y evolutivo.

El bien, dice el padre Bravo, es la superación de las fuerzas contrarias a ese proceso evolutivo creativo; el mal precisamente tiene un sentido: El de ser superado y transmutado por el hombre. Este como criatura finita es susceptible de ignorancia y de error; pero en las alternativas electivas de su libertad, comete el mal, aunque hubiera podido actuar de otra manera. Lo comete hasta que toma conciencia de sus consecuencias desequilibrantes, dolorosas, que lo agobian y lo desvían de su deber ser evolutivo en el perfeccionamiento. Queda en claro que el mal no tiene origen en un supuesto demonio o satanás, personificación del mal en la creación, principio absoluto de perversión en constante lucha contra su opuesto: Dios como principio del Bien Supremo. Sólo existe un Principio Absoluto del Universo: Dios y su creación constituida por criaturas finitas evolucionando dialécticamente en los diversos planos evolutivos. El padre Bravo es muy explícito al respecto: “... los demonios no están asociados en forma alguna con Yahvé o los poderes angélicos. La creencia de una rebelión en el mundo angélico que hubiese traído como consecuencia la aparición de los poderes satánicos, es completamente ajena al Antiguo Testamento (pág. 74).

En este contexto bíblico no aparece un Satán como enemigo de Dios y autor del mal. Sin embargo la situación es diferente en el Nuevo Testamento. Anota el padre Bravo: “En el relato sobre la curación del poseso de Gerasa (Mc. 5, 1-20; Lc. 8, 26-39; Mt. 8, 28-34), aparece con el máximo de relieve el poder de Jesús sobre el mundo de los demonios y sin embargo, ninguno de los sinópticos relaciona este hecho con la lucha de Jesús contra satanás. Para los Sinópticos la presencia de Jesús significó el fin del dominio de los demonios (Lc. 4, 34)” (p. 157).

Otro punto, que cabe destacar, es el de que el mal viene al mundo por causa del hombre, por su finitud y su condición de criatura, susceptible de errores y equivocaciones; y sobre todo, por su ancestral inclinación a la violencia que en las sociedades primitivas se manifiesta simbólica y ritualmente en los sacrificios y en las sociedades modernas en las instituciones sociales como el derecho penal y el poder policivo del Estado. A su vez contrarrestan la violencia con otra violencia legitimada por la ley positiva.

El concepto teológico de “pecado” abarca la problemática del mal como ruptura de una relación doble: la relación entre Dios y el hombre y la relación hombre-hombre; con otras palabras: es la ruptura del amor a Dios y del amor al prójimo; la ruptura de la intersubjetividad.

El padre Bravo se refiere a la tesis de Rene Girard: “Este pecado se presenta como un acto de violencia, como asesinato, lo cual tiende a indicar que la íntima esencia del pecado, es atentado contra la vida, asesinato. La inclinación hacia la violencia nace del corazón del hombre y se dirige finalmente a la aniquilación del otro” (pág. 185). Según la Biblia, el primer crimen de la humanidad, el de Caín contra su hermano Abel, demuestra esta tesis: la ancestral condición de la naturaleza humana en su inclinación a la violencia.

La respuesta de Jesús es la única alternativa para superar el pecado como expresión del mal: a través del amor, el perdón y el servicio que constituyen los pilares de la fraternidad universal. Cristo cree en el hombre a pesar de sus limitaciones y carencias, a pesar de sus tendencias destructivas. Por eso vino al mundo a enseñarnos la suprema ley del amor a Dios y a nuestros semejantes. No vino a juzgar el mal sino a guiarnos por el camino del bien. El amor jamás juzga, sólo perdona.

Esta sublime lección no la hemos aprendido todavía los seres humanos: “hasta que llegue el momento en que el hombre comprende a la luz de la revelación del Dios

que ofrece su comunicación personal y su amor gratuito por mediación de Jesús, que en esta economía no existe ni el castigo ni el premio, pero sí la exigencia de conversión, de la fidelidad y del amor, bajo la responsabilidad del hombre” (pág. 251).

Concluye afirmando: “El mal es una realidad para ser superada y su término es la muerte sin aguijón (1 Cor. 15, 54-58), lo cual significa que en vez de captarla como destrucción del ser y de la vida, debe esperarse como la realización de la plenitud del ser y de la vida en el encuentro definitivo con el Padre, fuente de toda vida y de toda paternidad” (pág. 260).